

## La responsabilidad por el hijo pendiente

Autora: Elizabeth Beatriz Ormart

La situación que analizaremos se nos presenta en el sexto capítulo de la segunda temporada de la conocida serie de HBO, *In treatment.*, traducida en España como *En terapia*. Esta serie de televisión, producida por Mark Wahlberg, nos relata las sesiones de terapia conducidas por un psicoanalista, el Dr. Paul Weston, interpretado por el actor Gabriel Byrne. Está basada en una exitosa serie israelí llamada בטיפול, «en terapia» en hebreo, y se desarrolla en el día a día de la interacción de un terapeuta con sus pacientes. Destina cada uno de los capítulos íntegramente a una sesión y el viernes llega el día de la supervisión. A diferencia de otras producciones que abordan el tema de la terapia como un componente más de la trama, en este caso el foco está puesto íntegramente en el curso de los tratamientos.

Vamos a destinar este escrito a analizar la responsabilidad subjetiva que se pone en escena a partir de una pregunta que divide a la paciente. Se trata del segundo encuentro entre Mía y Paul- el primero se produjo la semana anterior en la oficina de Mía, quien se desempeña como abogada de un prestigioso estudio de New York

Mía, una exitosa profesional que ha logrado ascender en el competitivo mundo de los bufetes más prestigiosos de una megapolis norteamericana, se encuentra, después de veinte años, con su ex terapeuta, el Dr. Paul Weston. Él recurre a un estudio de abogados para asesorarse por una denuncia que le han entablado por mala praxis. El azar condujo al terapeuta a ese estudio, pero cuando su informe estuvo allí, fue Mía quien eligió atenderlo. Quería jugar un poco con él, “hacerlo enojar”, mostrarle lo bien que le había ido en la vida. Sin embargo, este cálculo narcisista colocó imprevistamente a Mía en una situación de interpelación. La exhibición, “mirá mi oficina, mis muebles, mi estudio, mira mi vida”. Se transformó en una pregunta *¿cómo me ha ido en la vida?* Como en un espejo, el mostrarse ante su ex terapeuta le

retornó la imagen de sí misma. La pregunta resuena ahora no en términos yoicos, de dominación, éxito y autoafirmación, sino en su fuero más íntimo. Ella encuentra una deuda pendiente. Tener una familia, y ante todo, *un hijo*. La lógica del tener, arraigada por las exigencias utilitaristas y mercantiles de nuestra época, exige para la mujer “tener” en todos los sentidos. Sin embargo, en Mia hay más que una presión social, hay una pérdida, que no terminan de colmar los productos del mercado.

Mia busca a su ginecólogo quien le confirma la temida respuesta: debido a su edad, la posibilidad de tener un hijo se encuentra seriamente comprometida. Aunque dejó de cuidarse con Bennet, su amante y actual jefe, no ha quedado embarazada. *¿Quién es responsable de que ella no tenga hijos?*

Mía inicia así un peregrinaje interior en busca de la respuesta que ubique un culpable, desde el ginecólogo hasta su amante. Va al encuentro de Bennet para increparlo. Ella quiere un hijo y siente que tiene derecho a pedírselo. Pero él la expulsa de su casa y de su vida. Ella se siente descolocada. Luego de un año de tener sexo con ese hombre, de lo que ella entiende como haberle “enseñado” las mejores formas de amar a una mujer, recibe su desprecio, su enojo, su rechazo.

Es entonces cuando su pregunta sin respuestas se transforma en una exigencia a su ex analista. En su periplo culpabilizador, Mía va del ginecólogo al amante, y de allí al Dr. Paul Weston. Tanto el encuentro en el estudio como el que tendrá lugar luego en el consultorio hablan a las claras de los restos transferenciales que se ciernen sobre la relación. *¿Un hombre como vos, podría enamorarse de alguien como yo?*

La responsabilidad por no tener un hijo ha devenido a la búsqueda de un culpable. Y Mia cree encontrarlo ahora en su psicoanalista, que veinte años atrás la convenció de hacerse un aborto, justo en la misma época que su mujer quedaba embarazada de su hija. El analista escucha en esta búsqueda de un culpable el intento por eludir la responsabilidad de su propia elección. Pero ¿de qué elección se trata?

Desde su lugar de analista, Paul Weston arriesga una hipótesis clínica. Mia recuerda una escena de su infancia en la que ella presencié un asalto en la tienda de diarios que atendía su padre: él entregó toda la recaudación de la semana ante la

amenaza de que mataran a su hija. Mia se quedó todo el día con su padre, no fue al colegio, porque él la abrazaba con tanta fuerza. Estaba desconsolado. El analista le dice “¿sentiste que una parte tuya no podía dejarlo?” Algo de ese abrazo paterno, de su estado de indefensión le retorna como deseo de protegerlo. Sus sentimientos edípicos, reforzados en la complicidad con su padre y una madre ausente, ofrecen a Mia las huellas para la responsabilidad que busca. ¿Por qué no pudo formar una familia, tener hijos? Se trata de ese imperioso deseo de ser la hija que su padre anhelaba, la triunfadora, la poderosa, la que lo protegiera incluso del despotismo de su propia mujer. Fue la elección que hizo Mia, no dar espacio para la entrada de otro hombre ya que su padre llenaba muy bien ese lugar. Ella eligió y elige cada día, parejas que no le darán lo que demanda. Parejas destinadas al fracaso. Destino marcado por la propia impotencia de leer más allá de los signos del Otro. Destino clausurado por taponar la emergencia de la verdad sobre el síntoma del que se queja.

La interpretación que le ofrece Paul Weston genera como respuesta la huida de Mía. No sabemos si volverá. Sus comentarios finales en torno a la deuda pendiente del analista, nos dan la pista de que su posición no se conmovió. Sigue buscando al hombre que le debe un hijo en una carrera que está comprometida con el fracaso.